

WEEKLY REFLECTION

REFLEXIÓN SEMANAL

Father Steven Pautler

Sunday, August 3, 2025

17th Sunday in Ordinary Time

Scripture: Gn 18:20-32/Ps 138:1-2, 2-3, 6-7, 7-8 (3a)/Col 2:12-14/Lk 11:1-13

Title: “*You Can’t Take It With You (Not Even the Fondue Set)*”

Many of you know the joy, and by joy, I mean agony, of clearing out a house, garage, or storage unit. It’s never just a quick job. It’s like an archaeological dig mixed with a reality TV show. You go in thinking, “**This won’t take long,**” but by hour three, you’re knee-deep in boxes of random holiday décor and wondering why you still own five broken lamps and a fondue set from 1978!

Last summer, after my mother passed away, my family decided to sell the family home. Two weeks, four high school teenagers (bless their energy), and two roll-off dumpsters later, the place was finally empty. And even then, we were still saying things like, “*We should keep that lamp, Mom liked it.*” Or, “*Hey, here’s my old Commodore 64 computer, this has to be worth something by now!*” ***Spoiler alert: it’s not!***

It’s shocking how much stuff we collect. Somewhere along the way, we convince ourselves that these things are treasures. We tell ourselves, “**I might need this one day,**” even though we haven’t touched it in 20 years. But Jesus’ parable in Luke 12 cuts right through our clutter. The rich man stores up grain, builds bigger barns, and thinks he’s set for life. God, however, calls him a fool, because while he was hoarding possessions, he wasn’t storing up anything that truly mattered in the Kingdom.

Jesus isn’t against “stuff.” He’s against the kind of thinking that makes stuff the center of our lives. He’s teaching us to live with open hands rather than clenched fists. You can’t take your barn with you when you die (and frankly, most barns aren’t that nice to begin with).

The truth is, heaven won’t care about your vintage VHS collection or the box of mystery cords we all have, you know, the one where none of the cords actually fit any modern device. What really matters is what we’ve given away: our time, our compassion, our love. Those are the treasures that last.

So maybe this week, it’s time to let go of some clutter, not just the dusty boxes in the attic, but the clutter in our hearts. Forgive someone. Share a meal. Send that encouraging text. Because at the end of the day, God’s barns are bigger than anything we could ever build, and His storage plan? ***Eternal!***

Padre Steven Pautler

Domingo, 3 de agosto de 2025

17º Domingo del Tiempo Ordinario

Lecturas: Gn 18,20-32 / Sal 137,1-2a.2bc-3.6-7ab.7c-8 (3a) / Col 2,12-14 / Lc 11,1-13

Título: “No te lo puedes llevar contigo (ni siquiera el juego de fondue)”

Muchos de ustedes conocen la “alegría”—y por alegría me refiero a la agonía—de limpiar una casa, un garaje o un trastero. Nunca es un trabajo rápido. Es como una excavación arqueológica mezclada con un reality show. Entrás pensando: “Esto no me va a llevar mucho tiempo,” y para la tercera hora estás hasta las rodillas en cajas llenas de decoración navideña aleatoria, preguntándote por qué aún tienes cinco lámparas rotas y un juego de fondue de 1978.

El verano pasado, después del fallecimiento de mi madre, mi familia decidió vender la casa familiar. Dos semanas, cuatro adolescentes de secundaria (¡bendita sea su energía!) y dos contenedores gigantes después, por fin quedó vacía. Y aun así, seguíamos diciendo cosas como: “Deberíamos quedarnos con esta lámpara, a mamá le gustaba.” O, “¡Miren! ¡Mi vieja computadora Commodore 64! ¡Esto tiene que valer algo ahora!” Spoiler: no lo vale.

Es impresionante la cantidad de cosas que acumulamos. En algún momento, nos convencemos de que todas esas cosas son tesoros. Nos decimos: “Algún día lo voy a necesitar,” aunque llevamos veinte años sin tocarlo. Pero la parábola de Jesús en Lucas 12 atraviesa de lleno nuestro desorden. El hombre rico acumula grano, construye graneros más grandes y piensa que ya tiene la vida resuelta. Pero Dios lo llama necio, porque mientras acumulaba posesiones, no estaba acumulando nada que tuviera valor en el Reino.

Jesús no está en contra de las “cosas.” Está en contra de esa forma de pensar que convierte las cosas en el centro de nuestra vida. Nos está enseñando a vivir con las manos abiertas, no con los puños cerrados. No te puedes llevar tu granero cuando mueras (y sinceramente, la mayoría de los graneros ni siquiera son tan bonitos).

La verdad es que al cielo no le importará tu colección de cintas VHS ni esa caja llena de cables misteriosos que todos tenemos—sí, esa, donde ningún cable sirve para ningún dispositivo moderno. Lo que realmente importa es lo que hemos regalado: nuestro tiempo, nuestra compasión, nuestro amor. Esos son los tesoros que perduran.

Así que tal vez esta semana sea buen momento para soltar algo de ese desorden, no solo las cajas polvorientas del ático, sino también el desorden de nuestro corazón. Perdona a alguien. Comparte una comida. Envía ese mensaje alentador. Porque al final del día, los graneros de Dios son más grandes que cualquier cosa que podamos construir, y su plan de almacenamiento... ¡es eterno!

SUNDAY HOMILY

HOMILÍA DEL DOMINGO

Father Steven Pautler

Sunday, August 3, 2025

18th Sunday in Ordinary Time

Scripture: Eccl 1:2; 2:21-23/Ps 90:3-4, 5-6, 12-13, 14, 17 (1)/Col 3:1-5, 9-11/Lk 12:13-21

Theme: “Dumpster Disciples and the Great Barn Sale”

My friends, today’s Gospel hits us right in the storage unit.

Jesus tells the parable of a man who hit the jackpot. His harvest was so big, he had to build bigger barns to store it all. And just when he was ready to kick back, sip something cold, and enjoy his “barn buffet,” God shows up with a very inconvenient message: “You fool! This very night your life will be demanded of you.”

Now, I don’t know if you’ve ever had to clean out a house, but I recently had the joy—and by joy, I mean sheer, exhausting, back-breaking agony—of doing just that.

Last summer, after my mother passed, my family and I decided to sell the family home. Simple enough, right? Well... two weeks, four high schoolers, and two giant roll-off dumpsters later, we finally saw the floor again. And even then, we kept stopping to say things like, “We can’t toss this broken lamp, Mom liked it.” Or, “Look! My old Commodore 64! That’s gotta be worth *something* now.” (It wasn’t.)

You see, clearing out that house was like walking through a time machine of things we once thought were important. Five fondue pots. Forty-seven mismatched Tupperware lids. And enough Christmas lights to power downtown Centralia.

But somewhere along the way, it hit me—we *really are like that guy in the Gospel*. We build barns. Not always literal ones, but storage units, garages, attics, closets... hearts full of stuff we’re not ready to let go of. We store and save, sometimes out of sentimentality, sometimes out of fear, sometimes out of pride. “I might need this someday,” we tell ourselves—even if it’s been untouched since the Reagan administration.

But what does Jesus say?

He doesn’t call the man wicked. He calls him a fool—not for being wealthy, but for thinking his wealth made him secure. His sin wasn’t *having* stuff, but *relying* on it. Jesus isn’t anti-fondue set. He’s anti-hoarding the wrong kind of treasure.

Real treasure, Jesus says, is the stuff that fills the *Kingdom*, not the garage. It’s generosity. Mercy. Kindness. A handwritten card. A meal shared. Time spent with someone who can’t repay you.

Because when our day comes—and it *will* come—the barns stay behind. But the love we gave away? That follows us home.

So maybe this week, it’s time to open a drawer, clear a shelf, forgive an old grudge, or finally donate that statue of a goose dressed in overalls. Whatever you do—don’t just build bigger barns. Build a bigger heart.

Padre Steven Pautler

Domingo, 3 de agosto de 2025

18º Domingo del Tiempo Ordinario

Lecturas: Ecl 1,2; 2,21-23 / Sal 89,3-4.5-6.12-13.14.17 (1) / Col 3,1-5.9-11 / Lc 12,13-21

Tema: “Discípulos del Basurero y la Gran Venta del Granero”

Mis amigos, el Evangelio de hoy nos golpea justo en el trastero.

Jesús nos cuenta la parábola de un hombre que se sacó la lotería. Su cosecha fue tan grande que tuvo que construir graneros más grandes para guardarlo todo. Y justo cuando se disponía a relajarse, tomar algo frío y disfrutar de su “banquete de granero,” aparece Dios con un mensaje bastante incómodo: “¡Necio! Esta misma noche vas a morir.”

Ahora bien, no sé si alguna vez les ha tocado limpiar una casa, pero recientemente tuve la “alegría”—y por alegría quiero decir el agotamiento total y el dolor de espalda constante—de hacer precisamente eso.

El verano pasado, después de que falleciera mi madre, mi familia y yo decidimos vender la casa familiar. Suena sencillo, ¿verdad? Pues... dos semanas, cuatro adolescentes llenos de energía y dos enormes contenedores después, por fin pudimos ver el piso de nuevo. Y aún así, seguíamos diciendo cosas como: “No podemos tirar esta lámpara rota, a mamá le gustaba.” O, “¡Miren! ¡Mi vieja computadora Commodore 64! ¡Seguro que ahora vale algo!” (Spoiler: no valía nada.)

Verán, limpiar esa casa fue como caminar a través de una máquina del tiempo llena de cosas que alguna vez creímos importantes. Cinco ollas de fondue. Cuarenta y siete tapas de Tupperware sin sus recipientes. Y suficientes luces navideñas como para iluminar todo el centro de Centralia.

Pero en algún momento me cayó el veinte: realmente somos como el hombre del Evangelio. Construimos graneros. No siempre literales, pero sí unidades de almacenamiento, garajes, áticos, armarios... corazones llenos de cosas que no estamos listos para soltar. Guardamos y acumulamos, a veces por sentimentalismo, otras por miedo, y otras simplemente por orgullo. “Tal vez lo necesite algún día,” nos decimos... aunque lleva décadas sin moverse, desde la era de Reagan.

¿Y qué dice Jesús?

No llama al hombre malvado. Lo llama necio—no por tener riquezas, sino por pensar que esas riquezas lo hacían seguro. Su pecado no era tener cosas, sino confiar en ellas. Jesús no está en contra de las ollas de fondue. Está en contra de acumular el tipo de tesoro equivocado.

El verdadero tesoro, dice Jesús, es el que llena el Reino, no el garaje. Es la generosidad. La misericordia. La bondad. Una tarjeta escrita a mano. Una comida compartida. El tiempo dedicado a alguien que no puede devolverte el favor.

Porque cuando llegue nuestro día—y llegará—los graneros se quedan atrás. Pero el amor que dimos... ese sí nos acompaña a casa.

Así que tal vez esta semana, sea momento de abrir un cajón, limpiar un estante, perdonar una vieja ofensa o por fin donar esa estatua de ganso con jardinero. Lo que hagas—no construyas graneros más grandes. Construye un corazón más grande.

, y de paso, ¡cepíllense los dientes! Porque, como dice el salmo: “El día que te invoqué, me respondiste.” Y Él todavía lo hace. Amén.